DANIEL BELL

ALEMANIA: EL TEMOR PERMANENTE

Traducción de FEDERICO CAMPBELL

LA HISTORIA, DECÍA Oswald Spengler, es destino. Combinada con el mito (tallo, raíz de la emoción), la historia deviene el destino de un pueblo. ¿Fue destino la fundación de *sonderweg*, el "sendero especial" hacia la modernidad que amalgamó el poderoso impulso de Prusia con la idea germana de *Kultur* para convertirse en una nación única en el mundo moderno?

Uno puede pensar en la historia en términos menos apocalípticos. Como en la etología, la historia puede ser una forma de "impronta", los trazos de la memoria que, como los rastros vírgenes a través de un bosque, dan forma a las maneras en que los pueblos se mueven, o, como en el mundo de los sueños, las experiencias hipnagógicas que forman el carácter primario de la identidad y repetidamente suscitan ecos que nos inducen a escuchar esas voces.

¿Pero estamos encadenados al pasado? ¿Pueden las naciones, como los individuos, rehacerse en cada generación? Porque las naciones pueden no ser organismos naturales sino invenciones sociales, creadas y recreadas por la voluntad, en el sentido, por ejemplo, en que los Estados Unidos son "la primera nación nueva", en el flujo actual de casi cien otras "nuevas naciones".

¿O es la historia contingencia e incertidumbre, senderos no tomados, accidentes que, como ha insistido Hugh Trevor – Roper, en cada periodo han creado imprevistas configuraciones que decisivamente han afectado a la historia desde que Cleopatra tenía una nariz perfecta? ¿Fue la Revolución rusa (octubre, no febrero) inevitable? ¿Fue la ascensión de Hitler al poder un accidente de la ceguera política de Hindenberg y la ineptitud de Schleicher?

Hemos tenido tres Reichs y ahora un cuarto. ¿Si la historia es destino, permanecen las antiguas trayectorias? ¿Si ha habido una impronta, quiere decir que estas huellas de la memoria regresan? ¿O es que hay nuevas consideraciones que vuelven irrelevantes estos temas tradicionales? Estas son las preguntas (fatales, nada felices) que debe plantearse uno al contemplar la reunificación, la unificación, del *anschluss* —ya el mero uso de cada designación es un juicio político— de las dos Alemanias en 1990, y sus consecuencias.

Permítaseme empezar con tres improntas históricas, ya que cada una de ellas, en sus contornos, esboza un Reich sucesivo (aunque he reubicado al primero en un contexto moderno).

La Alemania moderna empieza con el fin de la Guerra de los Treinta Años y el tratado de Westfalia de 1648. De la destrozada unidad de Europa surgieron los estados nacionales. El Sacro Impero Romano perdió su poder efectivo. La religión perdió la mayor parte de su carácter universal. Los estados nacionales, en palabras de Leopold von Ranke, se volvieron "grandes individualidades eclesiástico – políticas".

La paz de Westfalia dio a los príncipes individuales y a las ciudades plenos poderes sobre sus súbditos. Por tanto, el surgimiento del absolutismo fue la principal consecuencia política del convenio. Pero también inició dos procesos. Uno era la construcción de una autoridad central alemana. El otro, las cambiantes alianzas y equilibrios de poder entre naciones – Estado como teatro de la política.

Central para ambos procesos fue la elevación de la Prusia – Brandenburgo al dominio y a la reafirmación de la dinastía Hohenzollern bajo el Gran Elector, Federico Guillermo de Brandenburgo (1620 - 1688). Con él empieza la tendencia a la centralización, la administración unificada, el desarrollo de la burocracia y la historia militar prusiana. Federico Guillermo tenía un axioma fundamental, que expresaba así:

> Las alianzas, de seguro, son buenas; pero una fuerza propia, en la que uno se pueda apoyar, es mejor. Un gobernante es tratado sin consideración si no tiene tropas y medios propios. Estos son los que han hecho [a Prusia] *considérable* desde el tiempo en que empecé a tenerlos.

De estas creencias surgió una de las máquinas militares más poderosas de la historia, el código de honor y de batalla, y una explícita teoría de la guerra.

La segunda impronta: el Congreso de Viena de 1815; una asamblea de emperadores, zares, y príncipes alemanes, representantes diplomáticos de doscientos estados, principados y ciudades, se reunieron bajo la guía del príncipe Metternich, para reconstruir Europa.

El principal propósito era constituir un delicado equilibrio, con Austria – Hungría como pieza central, en el que ningún poder solo podía dominar al continente: contra la posible renovación de cualquier esfuerzo francés, después de Napoleón, para empezar una nueva conquista; y para limitar la expansión rusa en Europa central.

Alemania, que no tenía fronteras naturales, y quedaba entre los latinos y los eslavos, parecía ser la prenda ideal para vigilar a los otros. Pedazos de territorio fueron removidos como piezas de ajedrez. Prusia fue forzada a renunciar a ciertas provincias polacas y se volvió en gran parte un estado germano, abarcando la planicie alemana del norte, el valle del Oder y la región central del Elba, y asumiendo labores de vigilancia a lo largo del Rin.

Ninguno de los diplomáticos previó las consecuencias. Políticamente, Alemania antes de Napoleón había sido fragmentada en 1789 en diferentes entidades territoriales, siendo la mayoría apenas unos cuantos castillos y aldeas, que a sí mismos se llamaban principados. Después del Congreso de Viena, estos se habían consolidado en la Confederación Germana de treinta y cinco estados monárquicos y cuatro ciudades – república. Pero al dominar la región del Rin, uniendo el norte y el sur de Alemania, Prusia se volvió el poder más fuerte y ganó supremacía en la industria y el comercio.

Pero más fatídicamente, pocos entendieron las consecuencias de una nueva tecnología que transformó por entero la geografía y la logística de la guerra.

En Europa central, como en la mayoría de los países, el comercio y los negocios siguieron las rutas naturales del transporte, que principalmente eran ríos. Mercancías de géneros, granos y carbón, se movían a través de las rutas fluviales. También la gente. En Alemania, las mayores vías fluviales corrían de norte a sur, a lo largo del Rin, el Elba, el Oder y el Wiese. Había pocas rutas transversales de este a oeste... hasta que llegó el ferrocarril.

Con los ferrocarriles fue abierto un patrón logístico enteramente nuevo que hizo factible la centralización del poder militar. El camino estaba abierto para Bismarck. En 1876, nacionalizó los ferrocarriles prusianos, "para jalar apretadas las riendas del control estatal y garantizar la más ventajosa solución para las tareas nacionales del Reich...".

Con la derrota de Francia en 1871, emergió un imperio con Alemania: el más fuerte poder militar y político en el continente, y con él el esplendor expansionista de los regímenes Wilhelminianos*.

La tercera impronta fue el tercer Reich de Adolfo Hitler. Duró sólo doce años, sin embargo uno se pregunta si pudo haber dejado una implantación transgenética, en receso por el momento, pero probablemente viable en algún futuro coyuntural.

¿Cómo puede uno encapsular un mal demoniaco que sobrevuela todas las fronteras? Lo que podemos ver, en su centro, era una movilización cadenciosa de emociones, el triunfo de la voluntad, la fusión de tecnología militar avanzada con irracionalidades atávicas, el esfuerzo para instaurar un Reich de mil años y entronizar a un *volk* de una parte a otra del cuerpo de Europa. Tal y como lo ha escrito Golo Mann:

> El nazismo era tan alemán como cualquier cosa podría serlo, producido y apoyado por el más amplio sector de la población, más que cualquier sistema de gobierno alemán previo; es ésta la acusación más grave que uno puede hacer contra los alemanes.

Hitler capitalizó el miedo a los abismos, el temor de la disolución de la sociedad por la vía de la inflación y la depresión, el temor al desorden de ejércitos de la calle en contienda, e hizo del desorden una forma de orden al proyectar todos estos temores a un grupo "ajeno" y convocar las emociones más atávicas para aniquilarlo y así atar al pueblo alemán a los sentimientos de exaltación y de culpa más primitivos.[1]

Auschwitz es una posibilidad de todos los grupos humanos. Lo que Hitler hizo fue convertirlo en realidad.

Al reflexionar sobre la historia posterior a la segunda guerra mundial, el famoso economista liberal Wilhelm Röpke definió *Die deutsche Frage* (1945) como la necesidad de "proteger a Europa de Alemania, y a Alemania de sí misma". Henry Morgenthau, secretario del Tesoro en el gobierno de Roosevelt, intentando romper el poder de Alemania, propuso desmantelar toda la industria alemana y la reversión del país a una economía agraria. El historiador inglés, A.J.P. Taylor sugirió mordazmente que la respuesta a "la cuestión alemana" yace en la unidad de los vecinos de Alemania y la continua desunión entre los alemanes. Pero dado el lugar de Alemania en el centro de Europa, la incipiente guerra fría dictaba que Alemania occidental se convirtiera, para Estados Unidos y los Aliados, en una barrera contra la Unión Soviética, tal y como en un tiempo había sido una barrera contra Francia, y para los soviéticos esto vino a convertirse en un miedo al *revanchisme*: la posibilidad de una Alemania resurgente que una vez más se movilizara contra la Unión Soviética.

Ahora, cuarenta y cinco años más tarde, una vez más confrontamos "la cuestión alemana". El eje de la cuestión, como lo es para todos los historiadores, es el problema de la continuidad y el cambio, pero, como siempre hay algo de continuidad y de cambio, preferiría trasladar el asunto a la profundidad de las improntas y las posibilidades de su resurgimiento. Konrad Lorenz —y no es accidental, tal vez, que haya estado interesado en la obediencia— nos ha hecho conocer el cuento del patito que sigue al ave a la que se siente unido. ¿Pero estas improntas pueden borrarse?

Si pasamos de la historia (y el mito) a las ciencias sociales, nuestras indagaciones tienen que seguir líneas: el carácter nacional, los cambios en la estructura social, y la habilidad de una nación para gobernar y trascender el pasado.

El carácter nacional suele ser la vía más rápida de indagación, porque saca a la luz los estereotipos que atribuimos a la fácil diferencia entre los pueblos. Por tanto, se nos dice que los alemanes son obedientes, compulsivos, dados al orden y a la limpieza, sin embargo, cuando estas defensas suyas están bajas se vuelven toscos, sentimentales, crueles, sensuales, sadomasoquistas. Uno ve todo esto pintado en las caricaturas de George Grosz o en las referencias literarias de los excesos de la *Oktoberfest*. Mucho de esto fue codificado por T. W. Adorno, y algunos colaboradores norteamericanos, en el libro *La personalidad autoritaria*, que se valió de anteriores estudios de la familia alemana realizados por Erich Fromm y de *Autorität und Familie* del Instituto de Frankfurt, publicado en París en 1935. Así, a través de la familia patriarcal alemana y la rígida estructura de carácter, hay una supuesta continuidad del carácter nacional.

El concepto "autoritario", sin embargo, es difícil de sustentar si se examina de cerca. En la obra de Adorno, hay una confusión entre ideología y personalidad. Pero no se funden las dos. El catolicismo es una ideología "autoritaria", no obstante, ningún patrón de personalidad único sigue. El protestantismo, en sus creencias fundamentales, es contradictorio y antinstitucional; sin embargo, produjo rígidas personalidades, tales como las de sus fundadores Lutero y Calvino. Dada la historia de muchos países, hay además la pregunta de qué es una "nación", y durante cuánto tiempo lo es. Por lo que respecta a la otra mitad del concepto, los psicólogos no han podido definir lo que es una "personalidad modal" que

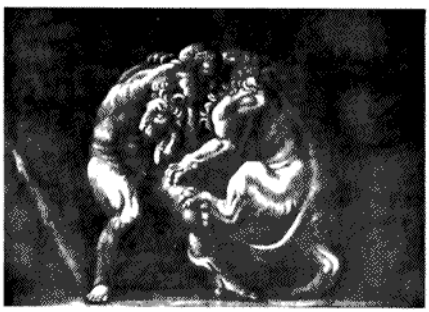
* Guillermistas: de los Federico Guillermo. *(N. del T.)*

se distribuye entre toda una población y es consistente a lo largo de un lapso generacional. Como escribió Helmuth Plessner, el filósofo antropólogo alemán, el carácter nacional es una tautología en la que uno separa una continuidad particular que pudo haber resurgido, y la denomina carácter nacional[2].

Un concepto más elusivo, aunque se trata de uno de los más socorridos en la historia, es el del "espíritu de una nación", "espíritu" en el sentido de *esprit* de Montesquieu, o los ideales que animan o definen a una sociedad, la que resume las aspiraciones y las imágenes de una nación. Sin embargo, para Alemania, hay dos *esprits* (como dos *seele*), que contrastan entre sí; uno es el *Aufklärung*, el espíritu de la iluminación y el humanismo que alcanza el universalismo; el otro es el *Ehrenkode*, el ethos de honor y heroísmo, las virtudes soldadescas de una casta militar que se remonta hasta los caballeros teutones y que el Estado mayor alemán intentó incorporar a la nación. ¿Si éstos todavía tienen importancia, cuál de los dos es más relevante hoy en día?

Un segundo enfoque, más acorde con los analistas de hoy, es concentrarse en la estructura social: la élite y la composición de clase de una sociedad, el carácter de la ley y de la ciudadanía, la estructura del empleo y del bienestar social. Desde esa perspectiva, "la cuestión alemana", según el eminente sociólogo Ralf Dahrendorf, en su *Sociedad y democracia en Alemania* (1965), era: "¿Por qué es que tan pocos en Alemania acogieron los principios de la democracia liberal?" Su respuesta, en breve, es que Alemania no consiguió completar el proceso de *modernidad*, tan distinto a la modernización, que identifica como un proceso más estrecho de industrialización. Por modernidad se entiende la idea de igualdad cívica y de ciudadanía, el reconocimiento del conflicto social, pero por otra parte la capacidad de tener reglamentos institucionales dentro de ciertos límites y dentro de la ley.

Para Dahrendorf, Alemania (como la Inglaterra de la señora Thatcher, tal vez) ha cambiado definitivamente, porque ha concluido finalmente la revolución burguesa que no había completado en el siglo XIX. Uno puede citar a este respecto la innovación de la Ley Fundamental de la Corte Constitucional Federal, y las salvaguardias de la democracia, y, en el parlamento, la adopción del "voto constructivo de no confianza", por medio del cual el Canciller puede ser derrocado sólo si hay una mayoría a favor de un sucesor, procedimiento que asegura la estabilidad política. Si a esto se añade la continua prosperidad económica, la adopción del *mitbestimmungsrecht*, la estipulación de la codeterminación en la industria pesada, que da a los sindicatos un lugar en la administración, y la *dynamische Rente*, las pensiones universales para los ancianos y otras medidas de seguridad social, entonces uno puede decir, en la medida en que tales cuestiones sean sociológicamente posibles, que la seguridad personal y la estabilidad social se han conseguido sobradamente en la Alemania de la postguerra. ¿Pero eso hace más pacífica a una nación? Esa es la pregunta que no pueden responder sólo los cambios en la estructura social.



Hércules y el León (con Rinaldo Mantovano)

La cuestión esencial es la de gobernar el pasado. El pasado, dijo una vez un poeta, es un país extranjero. No en este caso. Sigue siendo una presencia viva. El régimen nazi sólo duró doce años, pero el tiempo cronológico poco cuenta contra esta experiencia marchita. ¿Tenía el nazismo sus raíces en la estructura de carácter alemán o en el ethos militar del país? ¿Dejó salir raíces paganas que podrían subyacer en toda la civilización europea? ¿O fue la naturaleza especial del pasado tribal, la *genossenschaft* y la *gesammtswille*, la comunidad de sangre y la voluntad de grupo, encarnada en el mito del *volk*, la que atrajo a Heidegger y reventó con las furias del Führer, al que respondía la gente? ¿Cómo empieza uno a buscar una respuesta a misterios no racionales?

Todos los dirigentes políticos alemanes de hoy aceptan la responsabilidad moral por el pasado. Pero también ha surgido una pregunta: ¿Por cuánto tiempo seguiremos dejando que el pasado "nuble" al presente; cuándo podremos decir que ya es tiempo de dejar el pasado atrás de nosotros y que ya es tiempo de que Alemania sea tratada como una igual honorable entre las naciones? Esas fueron las preguntas que Helmut Kohl trató de plantear en Bitburg. La ocasión era el cuadragésimo aniversario del día U – E, el día de la victoria aliada en Europa. Los representantes alemanes habían sido excluidos de la conmemoración del día D en 1984, y esa exclusión todavía indignaba. Bitburg iba a ser la conclusión del día de la expiación. Sin embargo, la presencia en el cementerio de las tumbas de cuarenta y nueve miembros de las tropas Waffen Schutzstaffel (SS) levantó una tormenta. El historiador de Harvard Charles Maier ha escrito en su libro *The Unmasterable Past*:

> Se pretendió la visita como un ritual de reconciliación; terminó como una catarsis manqué. Fracasó como ceremonia porque removió impulsos contrarios sobre la historia. La memoria escapó al control de sus custodios normales —políticos que intentaron manipularla, académicos que vivían de analizarla— y se volvió una fuerza impredecible.

Quien escribe el presente le da forma a la memoria del pasado. César, preocupado por su nombre en el futuro, temía a Catulo más que a cualquier general. Por esta razón, el *Historikerstreit* que ha descompuesto la vida académica alemana en los últimos años se ha vuelto un punto decisivo en la historia contemporánea. Se trata de un duelo por el control de la memoria.

Poca falta hace aquí repetir esa controversia. Lo que cuenta a su favor es que los temas han sido finalmente ventilados y directamente confrontados: el pus de ciertos humores medievales se ha derramado, como la aseveración de Ernest Nolte de que el modelo de exterminación de Hitler era la "opera-

ción asiática" de Stalin, no el pasado alemán. Sin embargo, Richard von Weizsäcker, el Presidente, repudia enfáticamente cualquier intento de exculpación de responsabilidad por analogías históricas. Pero lo que es evidente es que el pasado es todavía ingobernable y que la punta del látigo de la memoria tiene su propia pegada.

Ahora puede haber una Alemania, más que dos. ¿Pero qué es esa Alemania? La unificación económica es relativamente fácil; su costo es dinero, primordialmente. ¿Pero cuál es la identidad de Alemania, la impronta del pasado todavía conformará el futuro? Ésa es la problemática.

Todas estas improntas, con la excepción de la psicológica, están empantanadas en el pasado. No obstante, el presente es "otro país". Y sin tomar en cuenta este hecho, la mayor parte de las discusiones sobre Alemania son pálidos ecos, posiblemente equivocados, derivados del pasado. El punto crucial es que así como el desarrollo del ferrocarril transformó la topografía y la logística de Alemania para facilitar el poder militar de Prusia, así la naturaleza del nuevo orden postindustrial vuelve obsoletos a muchos de los marcos teóricos de análisis que proceden de las teorías tradicionales de la guerra y el poder.

El pensamiento tradicional se fundamentaba en el énfasis en el territorio como base de la seguridad y suministro garantizado de materias primas para la fuerza industrial. Era la base, por ejemplo, de la política exterior de Japón en el periodo Meiji: la acometida contra Corea y China en 1894; la guerra contra Rusia en 1905, a fin de proteger los flancos del país, el sur y el norte; la aventura en Manchuria y China en los años 30 para obtener carbón y otras materias primas. Las aventuras imperiales de Alemania y la *Drang nach Osten* fueron apuradas por motivos similares. Todo esto fue codificado en las teorías geopolíticas de Mackinder y el almirante Mahan sobre la relación entre poder terrestre y poder marítimo, y de Karl Haushofer sobre la dominación de la tierra continental como apoyo para el control de Eurasia.

Todo esto está cambiando ahora. El territorio ya no es la base de la seguridad en una época balística. La segunda guerra mundial fue, en cierto sentido, la "última guerra" de la antigua civilización, pues la inmensa masa de tierra de la Unión Soviética permitió al ejército ruso retirarse a una distancia interior, como Kutuzov lo hizo ante Napoleón. Hoy, el "espacio" ha sido desgastado, a menos que uno asuma que las naciones europeas retrocederán en el futuro a la "guerra convencional", lo cual en sí mismo es una perspectiva utópica.

Las materias primas tienen ahora menos importancia, en gran parte debido a la sustitución, especialmente la sustitución tecnológica. El aumento de materiales compuestos y la "revolución" en materiales de ingeniería han reducido la dependencia de los metales tradicionales y de los minerales. El cobre fue en un tiempo un metal vital; el acceso al cobre era una necesidad logística. De hecho, en el primer informe del Club de Roma de 1973, era el cobre, no el petróleo, el que presumiblemente sería el artículo más crítico entre las futuras escaseces. Dos grandes compañías petroleras, la British Petroleum y la Arco, compraron cobre a la Kennicott y a la Anaconda, como una diversificación; y cada una de ellas perdió miles de millones de dólares. La razón fue la sustitución del cobre por fibras ópticas en los cables de telecomunicación. Cien libras de fibras ópticas son el equivalente de una tonelada de cobre, y además tienen una capacidad de enlace más amplia.

Los nuevos "recursos" estratégicos son la tecnología y los conocimientos profesionales. Las sociedades que tienen un grupo efectivo y grande de profesionales entrenados, una reserva de alta tecnología avanzada, un sistema de mercado que permita la flexibilidad y la adaptación de las innovaciones tecnológicas, y un suministro de ahorros o acceso a capital, ejercen el poder en el mundo actual.

Para poner de cabeza a Clausewitz podría decirse que la economía es la continuación de la guerra por otros medios. Y podría añadirse que la segunda guerra mundial está finalmente concluida, y no deja de ser una ironía histórica que los triunfadores sean Alemania y Japón. Durante cuarenta y cinco años, Estados Unidos y la Unión Soviética lucharon por la hegemonía. Esta batalla también está terminada. En las próximas dos décadas, por lo menos, ninguna nación podrá asegurarse la hegemonía del mundo. Lo que estamos viendo es el surgimiento de los bloques regionales.

En Europa, una Alemania unida es la que puede convertirse en el poder supremo, para mayor congoja de Francia por un lado y para Europa del Este por el otro.

En Asia, Japón ya es el poder supremo. Su principal acometida es menos hacia Europa o incluso Estados Unidos que hacia el sudeste asiático, repitiendo el viejo esquema de la Coprosperidad Este Asiática. El indicador es Tailandia, que está levantándose como el nuevo "tigre" de Asia, conformado por el capital y la tecnología japoneses.

Estados Unidos sigue siendo un poder mayor, pero su dominio está constituido principalmente por el continente norteamericano, en la medida en que avanza la unificación económica de Canadá, México y Estados Unidos. Y con la embestida del nacionalismo económico, que ya es evidente, éste será un mercado caracterizado más y más por cuotas, protección, y dispositivos semejantes negociados sobre bases recíprocas[5].

En las próximas décadas el destino de Alemania —y Europa— estará enmarcado por las coordenadas de dos ejes: uno es el nacionalismo, y el otro una Europa común.

Durante las dos o más décadas pasadas, en gran medida por los problemas de seguridad vis – à – vis con la Unión Soviética y, más recientemente, con el aceleramiento de la Comunidad Económica Europea, Alemania se ha visto cada vez más encajonada en una casa europea. Ahora, con la supuesta reducida amenaza de la Unión Soviética, los problemas de seguridad tradicionales pueden disminuir. Con la súbita caída de Alemania del Este y el desmoronamiento del muro de Berlín, hemos visto un resurgimiento emocional del nacionalismo alemán. Una vez más se oye la antífona nacional prohibida de antes de la guerra "Deutschland Uber Alles", con su celebración de una Grossdeutschland que estira "von der Maas bis an die Memel/von der Etsch bis an den Belt". El alcance territorial vislumbrado aquí, de Bélgica a la Unión Soviética, y de Italia a Dinamarca, ya no es realista, pero la canción apunta a un sentimiento largamente reprimido y ahora proferido abiertamente de "Wir sind wieder wer".

La segunda ironía histórica es que 1990 atestigua la integración alemana y la desintegración soviética, y cada una, a su manera, puede significar una amenaza para la unidad de Europa.

La desintegración soviética crea un nuevo espectro, pues en el esfuerzo de Gorbachov de contener a Lituania, de resistir la independencia de Georgia, y de estabilizar la situación en Armenia/Azerbaiján, tiene que recurrir al *Ejército*. Como en China, donde fue llamado el ejército para reprimir el movimiento popular democrático, Gorbachov enfrenta ahora el dilema de Deng Xiaoping. Ha tratado de reducir el poder del Partido, pero ahora se encuentra en deuda con el Ejército para mantener la estabilidad. Gorbachov no puede ser derrocado desde el interior del Partido, pero un ejército que ha padecido la humillación en Afganistán, y que ahora se ve utilizado para cumplir funciones de policía, puede a su vez volverse contra su dirigente. Es una pequeña posibilidad por el momento, tal vez, pero una posibilidad que Gorbachov tiene que tomar en cuenta. Un "precio" del apoyo del Ejército puede ser la demora en las negociaciones sobre el control de armas y un alto al esfuerzo por reducir el tamaño de las fuerzas armadas y su cuota de producción que fue programada para el sector civil. Y eso crearía nuevas dificultades económicas.

Desde el punto de vista de Europa occidental, una Alemania unificada eleva una vez más la amenaza del *revanchisme*, y mientras Herr Kohl ha estatuido, finalmente, que respetará la línea Oder/Neisse con Polonia, las naciones no encomiendan, ni pueden encomendar, su destino a la palabra de una sola figura política.

Durante un milenio ha habido una civilización europea, pero desde la Reforma ha habido muchas naciones. El problema ahora es si habrá una Europa, política y económicamente, o una multiplicidad de naciones contendientes. Hasta Hitler, la palabra francesa para referirse a Alemania era una palabra plural: *les Allemagnes*. Después de 1945, reapareció la pluralidad. ¿Y ahora? Nietzsche, en uno de sus retruécanos, llamó a Alemania la "Tausche - Volk", porque de un tiempo a otro ha sorprendido al mundo actuando de las maneras menos esperadas.

La dificultad del problema reside en el carácter del nacionalismo alemán y sus aspiraciones. La gente necesita fuertes apegos emocionales (y a menudo enemigos, también), y el nacionalismo ha demostrado ser la más potente identidad emocional de los pueblos. Dada su intensidad, es sorprendente lo reciente que es todo esto. En Alemania se puede fechar alrededor de 1840 y la aparición del movimiento Alemania Joven (uno de cuyos padres, irónicamente, fue el escritor judío alemán Ludwig Baruch, que cambió su nombre por el de Ludwig Börne), y sus raíces en el romanticismo, en aquella oscura noche del instinto (el *Hymnen an die Nacht*) que elogió Novalis, más que en la vida burguesa. Sin embargo, Alemania hoy en día es totalmente burguesa, prosaica y materialista.

¿Habrá una nueva derecha alemana? ¿No los camorristas de un Schonhuber, sino una derecha que destape las raíces emocionales de un Ernst Jünger —con su profética visión de una "fuerza de acero", la unión de la tecnología y la sangre que él quería derivar de la derrota de la primera guerra mundial— para proclamar una nueva Alemania, o un Martin Heidegger y sus mitos de éxtasis del *volk* primitivo, transmutado en una nueva ilusión de "super - poder" como realización del superhombre? Paradójicamente, una burguesía alemana rica y exitosa puede ser la mejor barrera contra los movimientos apocalípticos y "modernistas reaccionarios".

Sin embargo, en política exterior, también podría haber un nuevo "Rapallo", la vinculación de Alemania con la Unión Soviética, con la cual la tecnología y el capital alemanes se entrelazarían con el petróleo y las materias primas soviéticas para una nueva unión "continental". Por el momento, todo esto es improbable, pero si la *perestroika* soviética sigue balbuceante y el Ejército se vuelve una fuerza política más potente, el *wende* pasa a ser una posibilidad más clara.

Desde un punto de vista norteamericano —y ésa es la visión de muchos en Europa también— la esperanza es que Alemania caiga en la red de una mayor comunidad europea. Desde un punto de vista histórico, el Estado - nación, que ha sido un dispositivo político adaptable sólo en los últimos ciento cincuenta años, es cada vez menos funcional. Tal y como lo formulé hace varios años: el Estado - nación se ha vuelto demasiado pequeño para los grandes problemas de la vida, y demasiado grande para los pequeños problemas de la vida. Es muy pequeño para los grandes problemas, porque el carácter del capital global y los mercados de mercancías lo hacen cada vez menos eficaz como instrumento administrativo. Es demasiado grande para los problemas pequeños de la vida porque las diferentes regiones y vecindades tienen diversas necesidades que no pueden ser satisfechas por programas unitarios de un solo centro. Así, la necesidad "racional" es que las nuevas entidades políticas administren las mayores escalas económicas y las más pequeñas escalas sociales de la vida.

La unificación de Alemania, movida por impulsos emocionales y materiales, se está volviendo una realidad. ¿Pero llevará a un aumento del poder *nacional* alemán o será un paso más hacia el más antiguo sueño de una única civilización europea que llega a ser una única entidad política europea? La historia, antes maestra, espera ahora una clave para el futuro. Los líderes políticos alemanes tienen la responsabilidad de decírnoslo, y sin engaños. Los antiguos símbolos eran el fénix y la Lechuza de Minerva. Necesitamos nuevas aves de paso. Y esperemos que puedan cantar.

NOTAS

[1] Algunos observadores pensaron que la moral germana se vendría abajo ante el aplastante peso de las fuerzas militares ofensivas del último año de la guerra. Sin embargo, se necesitaron los esfuerzos combinados de 160 divisiones soviéticas del Este y las Fuerzas Expedicionarias Aliadas (los ejércitos norteamericano y británico) del Oeste, una ofensiva italiana del sur y ocho meses de devastadores ataques aéreos después de que los ejércitos aliados habían entrado en Alemania, antes de que terminara la resistencia con el suicidio de Hitler el 20 de abril de 1945, y la capitulación formal de Alemania una semana más tarde cuando el general Jodl se rindió al general Eisenhower.

[2] Para ilustrar una dificultad: hay la historia de un *fragebogen* distribuido en Europa central después de la guerra. A un hombre se le pregunta: ¿dónde naciste? Y responde: en el imperio austrohúngaro. ¿Dónde creciste?, En Checoslovaquia. ¿En qué ejército serviste? En el ejército ruso. ¿Dónde vives ahora? En Polonia. Oh, debes haber viajado mucho en lo que llevas de vida. No, para nada. He vivido en el mismo pueblo toda mi vida.
Para un análisis más detallado de este problemático concepto, véase mi ensayo "National Character Revisited", en mi colección *The Winding Passage* (Nueva York; Basic Books, 1980).

[3] Como no estoy trazando un modelo económico político de la sociedad *mundial*, dejo a un lado los problemas de África, América Latina, y el Medio Oriente, que son tan inquietantes.